



ARZOBISPADO DE VALENCIA

Vic. de Evangelización y Transmisión de la Fe
SECRETARIADO DIOCESANO DE ESPIRITUALIDAD
C/ Avellanas. 12. 46003 Valencia Tel. 96 315 8209

Valencia, 21 de marzo, 2018

ESPIRITUALIDAD DE LA AUSENCIA DE DIOS: EL DESTIERRO DE BABILONIA

Álvaro Anoz Menéndez OFM

1.- La ausencia de Dios de la historia con su Pueblo.

Si hay que hablar de la ausencia de Dios en el Destierro de Babilonia y en las circunstancias que rodearon y siguieron a este hecho, conviene dejar hablar a los propios textos bíblicos.

- Un poco antes del desastre del 587 a.C. se nos dice en el sal 14: “dice el necio para sí: no hay Dios”. Es la afirmación del necio: no duda de que Dios existe, sino de que vea, de que se entere de las injusticias, duda que ayude al justo en sus aprietos y da una explicación al éxito de los malvados y necios que cometen crímenes.
- Otro modo de expresar la ausencia de Dios fue la lamentación y así en Lm 1,13 tenemos esta amarga queja: “desde lo alto ha lanzado un fuego que se ha metido en mis huesos. Ante mis pies ha tendido una red, y me ha hecho retroceder; me ha dejado desolada, todo el día dolorida”. Y en el v.14 se nos dice que “El Señor me ha dejado a merced de ellos, ¡ya no me puedo tener!”.
- La lamentación fue cultivada también en el ámbito profético y así leemos en Jeremías: “¿Por qué has rechazado del todo a Judá?” (Jer 14,19).

Nos quedamos con esta última lamentación, que en medio de una total desorientación se pregunta el porqué de ese rechazo total de Yahvé a Sion. ¿Por qué Dios ha abandonado la Historia con su Pueblo Israel?

En realidad, no encontraremos expresiones que hablen de ateísmo, imposible en aquel tiempo. No hay una negación de la existencia de Yahvé, pero sí encontramos un sentimiento extendido en algunos sectores de que Yahvé ha dejado de estar presente en la Historia. Una Historia que era acompañada por su Dios y de que ahora parecía estar ausente. Ciertamente, el sentimiento de desvalimiento, de haber quedado abandonados a su suerte, fue muy fuerte. Una experiencia que marcó psicológica y espiritualmente a muchos. A veces se manifiesta en un cierto rencor, como el que encontramos en Lam 1,17: “ha mandado Yahvé contra Jacob sus adversarios por todas partes”. Y en v. 21: “Mis enemigos enterados de mi mal se alegran de lo que me has hecho”.

Esta lectura de los hechos acaecidos y del tiempo que iba a venir para Judá, supuso toda una espiritualidad de tintes negativos en algunos sectores. Fue el caso del redactor que está detrás de la

narración del desastre en 2Re 24-25: lo ocurrido es el fin de la Historia. 2Re 24,14b nos dice que sólo quedó en Judá la gente más pobre. Antes se ha recreado en describir la crueldad y la devastación babilonias. Finalmente en 2Re 25,21b leemos que “así fue como Judá partió al exilio lejos de su tierra”. Parece que Judá quedó desierta y todo destruido, sin tierra, sin templo, sin sacerdocio, sin monarquía: en otras palabras, el exilio significaba el fin de todo lo que hacía que Israel y Judá hubieran sido lo que eran. Y en efecto, ahí termina su relato.

Y sin embargo, nos encontramos con un grupo, en torno a Jeremías, que leen lo sucedido de otro modo muy distinto, y con ello aportan una espiritualidad sorprendente en medio de todo aquel desastre. Lo encontramos en Jer 40-43. Jeremías y su grupo no ven el desastre sino como oportunidad y así, escribe Jeremías su famosa carta a los deportados: “Así dice Yahvé Sebaoth, el Dios de Israel a todos los deportados de Jerusalén a Babilonia: edificad casas, habitadlas, plantad huertos y comed su fruto, tomad mujeres y engendrad hijos e hijas, casad a vuestros hijos y dad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas, medrad allí y no mengüéis, procurad el bien de la ciudad donde os he deportado y orad por ella a Yahvé, porque su bien será el vuestro” (Jer 29,4-7). Es una espiritualidad que mira a la vida, que opta por bendecir, por la fecundidad, por el bien del enemigo. Tiene algo de evangélico.

Ya vemos que no se puede hablar de espiritualidad de la ausencia de Dios en el Destierro, sino más bien de espiritualidades. Todo dependía de la mirada a la realidad que les tocaba vivir, y por supuesto, de la experiencia de Dios que tenían los diversos grupos antes del 587 a.C.

Otras espiritualidades se desarrollaron desde un ámbito más cultural y hasta neutro: el exilio no era algo malo, sino, como en el caso del redactor de 2 Cro, un descanso sabático de 70 años: “[Nabucodonosor] llevó al exilio a Babilonia a aquellos que escaparon de la espada y se convirtieron en siervos suyos y de sus hijos hasta que llegó el reinado de Persia, para que se cumpliera la palabra de Yahvé por boca de Jeremías, hasta que la tierra pague por sus Sabbaths, hasta completar 70 años” (2 Cro 20-21). Israel no observó los años sabáticos y como consecuencia este será un periodo que cumplirá lo no cumplido. Su lectura es que la devastación y pérdida de la tierra son simplemente para que se cumpliera el descanso sabático no observado. Para el cronista, no se trata de una ausencia de Dios en la historia, ni como un golpe del destino fatal, sino el resultado de una acción justa por parte de Dios. Algo bastante neutro.

Hay un caso que llama la atención, el del Libro de Judith: narra cómo Israel fue el único pueblo capaz de resistir la inmensa maquinaria de guerra babilonia de Nabucodonosor al mando de la cual está Holofernes. Judith es capaz de embelesar a Holofernes, derrota al enemigo y salva al pueblo de ir al exilio. La espiritualidad de quienes escriben esta historia está sustentada en un Dios de los despojados y al lado de los oprimidos, un Dios de incomparable poder que se salta el poder militar del opresor a pesar de su autoengrandecimiento y su inmenso arsenal militar. Además, el exilio es negado en esta historia, aunque no niega que existió, y esto porque hace terminar el exilio antes de que ni siquiera comience. Es una espiritualidad subversiva que protesta contra la malhadada vida de Israel en el exilio. Negando el exilio, llega a quitarle su significatividad, y destaca en el discurso de Gior a Holofernes cómo la fuerza de Israel es Dios mismo, una fuerza que le permite sobrevivir en continuas amenazas en tierra extranjera, como a Abraham en Mesopotamia o Israel en Egipto. Su mirada es distinta del Deuteronomista: mientras Israel obedezca la Ley, será invencible. EL discurso de Judith pone de relieve cómo Israel ya ha superado la idolatría por completo, y si hay amenaza ya no es castigo de Dios, sino un modo de probar la confianza y al fe del Pueblo en su Dios. Así, el

destierro no es algo ineludible que hay que acoger de modo humilde como castigo de Dios, sino una invitación a resistir y confiar de modo pertinaz. En cualquier caso, esta negación del exilio muestra lo difícil que fue para algunos sectores integrar totalmente el significado de la ausencia de Dios de la Historia. Lo hermoso de esto es precisamente cómo lograron desarrollar una espiritualidad que sacara vida de una situación de muerte.

Con estos cuatro modos de afrontar el desastre del 587 a.C. se trata de ilustrar lo complejo de la espiritualidad de la ausencia de Dios en el destierro. No hubo una sola espiritualidad, sino una inspiradora variedad. Espiritualidades que realizaron lecturas divergentes de la Historia. Todas son legítimas, porque todas se arraigaban en una particular experiencia de Dios y eso les confiere autenticidad. Podrá parecernos más creyente la espiritualidad tan vital de Jeremías frente a la espiritualidad tan derrotada de 2 Re o de las Lamentaciones de Jeremías. Pero detrás de 2 Re hay experiencia real de personas que vivieron aquellos sucesos como verdadera ausencia de Dios en su historia y en su vida cotidiana, que experimentaron que su Dios cortaba la relación con ellos. Pero se atrevieron a escribirlo, incluso a lamentarlo, lo cual no deja de ser un modo de expresar su honda experiencia de Dios, su afectividad herida, su estar perdidos en medio de lo que tocaba vivir en ese momento.

Todo esto son espiritualidades de una “élite” sea profética o sacerdotal. ¿Y qué espiritualidad surgió en la gente sencilla campesina?

2.- La espiritualidad oficial de la ausencia de Dios en Babilonia

Tenemos a una población agrupada, ante todo, en ámbitos rurales y que tiene, en un principio grandes dificultades de integración en medio de una cultura babilónica tan superior, tan apabullante y potente. Se confrontan con una religión que suponía una gran tentación, el peligro del trasvase, el estar perdidos entre el particularismo y el universalismo.

Experimentan prosperidad económica y, a la vez, grandes carencias a nivel religioso y espiritual: la sensación de que Yahvé les ha abandonado y repudiado, en palabras del Deuterocanónico (Is 40,27; 50,1).

Una espiritualidad que mira añorante a Jerusalén de modo constante, con el peligro que suponía de incapacidad para hacerse cargo de lo que tenían entre manos. No aceptaron fácilmente que el destierro serían muchos años, más de lo que pensaban.

En medio de todo esto, la experiencia de pertenencia a Israel no era algo evidente ni automático. Requería una decisión consciente de cada individuo.

Viven el desmoronamiento absoluto de dogmas como la teología de Sión y la intocabilidad de Jerusalén, el Templo y la presencia de Yahvé, el rey como garantía de vida y seguridad, la omnipotencia de Yahvé (Is 50,2).

Así, a nivel oficial, nace una celebración litúrgica en torno a la lamentación, especialmente en el aniversario de 4 hechos: el inicio del asedio en el mes 10º, la apertura de la 1ª brecha en la muralla el mes 4º, la destrucción del templo el mes 5º y el asesinato de Godolías el mes 7º.

Será una liturgia sin sacrificio (pues no tienen templo y toda tierra extranjera es cúlticamente impura). Se trataba de una celebración abierta en la que cada grupo exponía su peculiar lectura

teológica de los hechos y de lo que vivían: la liturgia se convirtió así en el mejor espacio de clarificación en medio de la crisis, pero gracias a que fue un espacio abierto, sin dogmas preconcebidos, con espacio para la innovación y la creatividad, y sobre todo, desde la experiencia espiritual.

Una liturgia que no reprimía la angustia y que fue capaz de acoger al 100% la dura realidad, baste recordar las Lamentaciones de Jeremías, ejemplo típico surgido de este ámbito. Una liturgia basada en una espiritualidad que lee la historia sin tapujos: el responsable último no es Babilonia sino Dios mismo. La Historia, por tanto, no es un destino ciego. Dios mismo lo ha profanado todo “ha forzado como a un huerto su cerca, ha derruido su lugar de reunión, ha borrado Yahvé en Sión la memoria de fiestas y sábados, ha desechado en el ardor de su ira a reyes y sacerdotes” (Lam 2,6).

Pero junto a esto, una espiritualidad que implicaba a la persona y su responsabilidad en lo ocurrido “ha caído la corona de nuestra cabeza, ¡ay de nosotros que hemos pecado!” (Lam 5,16). Una espiritualidad que llamaba al discernimiento, p. ej. De haber puesto la fe y la confianza en las potencias extranjeras “nuestros ojos se iban consumiendo esperando un socorro: ¡ilusión! Oteábamos desde nuestros oteros a un pueblo incapaz de salvar” (Lam 4,17). Y por supuesto, una espiritualidad que no temía confesar y pedir perdón por los errores teológicos que intentaban manipular a Dios metiéndoselo en el bolsillo para garantizar la salvación, hiciesen las tropelías que hiciesen “tus profetas te ofrecieron visiones falsas, sin contenido oráculos te ofrecieron de falacia e ilusión” (Lam 2,14).

Se reconocía implícita y tímidamente que los profetas no oficiales, como Jer, habían sido los auténticos portavoces de Dios.

Y sin embargo, hubo grupos muy reducidos, que sí recogieron y valoraron los antiguos oráculos proféticos, interpretándolos y adaptándolos a la situación, una lucha denodada por el reconocimiento de la palabra de los profetas no oficiales como Palabra de Dios. Tanto es así, que consiguieron integrar estos oráculos en la liturgia: ese fue el motor que impulsó definitivamente la edición de los textos proféticos. Un ejemplo lo tenemos en Am 4,4-13: “prepárate Israel a afrontar a tu Dios” (v.12) un emplazamiento al juicio que es típico de la liturgia pero que, a renglón seguido (v.13), desemboca en una doxología litúrgica en boca del pueblo: “porque ÉL es quien forma los montes y crea el viento [...] y avanza por las alturas de la tierra, su nombre es Yahvé, Dios Sebaoth”

Esta palabra profética fue una palabra minoritaria, de incisiva provocatividad que llegó al ámbito cultural extendido, una palabra de oposición que llegó a ser integrada y pasó a ser una línea oficial. Su alcance pedagógico fue de enorme trascendencia y todavía lo sigue siendo.

3.- La espiritualidad de la ausencia de Dios en la gente sencilla

Los acontecimientos que desembocaron en la ruina de Jerusalén y el destierro supusieron el florecimiento de una espiritualidad en la ausencia de Dios tanto en Palestina como en Babilonia.

3.1.- En Palestina

- La revitalización de la religiosidad personal
- La lectura del desastre como juicio de Yahvé hacia la nobleza explotadora, y como un modo eficaz y bienvenido de librarlos de sus deudas y la opresión que experimentaban.

- Se vieron como el resto elegido: además tenían el templo, en ruinas, pero el templo al fin y al cabo.
- La espiritualidad se desarrolló en la familia, única institución que quedó en pie.
- Jeremías es, en cierto sentido, portavoz de este grupo que por encima del desastre ve una oportunidad para la vida.
- Sobrevivió un culto en el templo en ruinas, probablemente un culto de lamentación (Jer 41,5), con ofrendas de frutos del campo e incienso pero sin sacrificios ni sacerdocio.
- Sabemos que esta espiritualidad que surgió en la familia vive un cierto sincretismo (Jer 8,2; 19,13 Ez 57,9).

3.2.- En Babilonia

- Surge paralelamente a la religiosidad más oficial un subterráneo impulso al yahvismo, que tan deteriorado había quedado y que, en algunos sectores, seguía deteriorado.
- La familia, como estructura sustentadora de la relación personal con Yahvé quedó intacta.
- Desarrolló una espiritualidad que tomaba en serio la subsistencia de la fe, y ello no desde la imposición oficial, sino como iniciativa propia.
- Una espiritualidad que no mira tanto a la Historia, cuanto a la experiencia de ser criatura, de ser persona creada y amada por Dios, por tanto, una espiritualidad que tenía como base la relación con Dios, no la monarquía, ni el templo, ni la tierra. Lo importante es que estaban vivos, que iban prosperando en número, económicamente y hasta socialmente: eso les hace experimentar al Dios creador, cercano, Padre, una presencia positiva en medio de su vida cotidiana.
- Pese a todo no dejaron de verse afectados por el problema de la ausencia de Dios, quien parecía renegar de su relación con el Pueblo, aunque no con sus individuos a nivel personal. Basta leer el Sal 77,7-11.

Una espiritualidad familiar que llegó a traspasar la frontera privada doméstica, llegando a influir en la liturgia, dando un tono nuevo y esperanzado a la pura lamentación. P. ej., Is 63,7-64,11 nos ofrece un texto de lamentación, y sin embargo, aparece el verdadero fundamento de su fe: “No hay quien invoque tu nombre quien se despierte para asirse a ti, pues encubriste tu rostro sobre nosotros y nos dejaste a merced de nuestras culpas... y sin embargo Yahvé, Tú eres nuestro Padre, nosotros la arcilla y Tú el alfarero, somos la obra de Tus manos” (Is 64,6-7).

Desde lo personal se recolocaba la relación de confianza en Yahvé, y esta experiencia se difundió en el ámbito colectivo expresándose de ese modo en la liturgia como punto de apoyo de la relación Yahvé-Israel.

Y no sólo se introduce esta relación de confianza con Yahvé desde el ámbito familiar, también una sana alabanza y acción de gracias. Basta ir a Lam 3: el tono es de lamentación amarga, pero en los vv.22-66 encontramos una apertura comedida a la esperanza y la confianza en que la misericordia de Yahvé no se ha acabado “no desecha para siempre a los humanos el Señor, después de afligir se apiada según su inmenso amor, pues no se complace en humillar ni en afligir a los seres humanos” (Lam 3,31-33).

4.- La espiritualidad de la ausencia de Dios, la vuelta a los Patriarcas y los signos identitarios desde al ámbito familiar.

Seguimos en el ámbito de la espiritualidad familiar en medio de esa ausencia de Dios en Babilonia. Una mención especial merece la intuición desde la espiritualidad familiar de la vuelta a los patriarcas.

Frente a la fragilidad de los fundamentos oficiales que habían sido arrasados (templo, monarquía, tierra), la sospecha sobre profetas y sacerdotes, las figuras patriarcales estaban intocadas, eran modelos creyentes no afectados por la catástrofe.

En ellos se verificaba la experiencia creyente personal que brotaba de la relación con Dios, una relación personal y familiar que es central en la historia de los patriarcas y las matriarcas.

Una espiritualidad que leía lúcidamente una de sus principales amenazas: el escaso número de judíos en un entorno hostil, una población diezmada en número tanto en Palestina como en Babilonia. No es casualidad que sea una espiritualidad que insiste en la fertilidad y la descendencia como fuentes de vida y verificación de la bendición de Dios. Será una parte sustancial de la promesa hecha a Abrahám, a Isaac, a Jacob, a Agar e Ismael...

La experiencia de la Alianza, que es experiencia de cercanía de Dios y de ser acompañados por Él en lo cotidiano de la historia, pasa a un primer plano, y se retrotrajo desde el recuerdo de Éxodo hasta la figura de Abrahám “por mi parte, esta es mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos” (Gn 17,4).

A nivel familiar esta alianza se vivía en el signo de la circuncisión: puesto que en Babilonia no se practicaba este rito, las familias lo siguieron practicando con una nueva significatividad, pues les dotaba de un elemento distintivo en medio de aquella sociedad. Otro elemento de la espiritualidad familiar, los signos que expresaban la experiencia de alianza con Dios, y en concreto el signo de la circuncisión, que pasó a ser un signo de identidad nacional y que adoptó de buena gana la escuela sacerdotal: “esta es mi alianza que habéis de guardar entre yo y vosotros, también tu posteridad, todos vuestros varones serán circuncidados” (Gn 17,10ss). Un signo que venía del ámbito familiar mantuvo la unidad religiosa, cultural y étnica.

Otro signo identitario desde el ámbito familiar fue el de la comida: las costumbres alimenticias judías, de repente se veían como algo extraño y contracultural en Babilonia, hecho que aprovecharon para hacerlo signo distintivo de Israel. Su incidencia en la redacción del Pentateuco, sobre todo del Levítico sería decisiva.

Desde el ámbito familiar también floreció toda una nueva espiritualidad del Sábado: y ello provocado por la falta de celebraciones (antes del exilio por la centralización del culto y después por la desaparición del culto del sábado en el templo). Así, las familias, intuyeron la necesidad de un ámbito celebrativo vinculado al descanso: se fusionó el culto sabático del templo preexílico con la necesidad antropológica del descanso semanal. Una gran invención, pues les permitía desvincular el culto de un lugar determinado, un culto que ahora podía celebrarse en cualquier sitio, incluso en el exilio, en la peor de las situaciones.

Este florecimiento del culto sabático familiar, necesitó del desarrollo de toda una espiritualidad y de una insistencia que nos deja clara la gran dificultad que tuvo su implantación generalizada, basta leer el libro del Deuteronomio para percibir la insistente y machacona llamada a guardar el Sábado.

Pese a todo, vamos conociendo datos, p.ej., en las Tablillas de Murasha, que nos abren los ojos para no pensar en una espiritualidad que hubiera calado hondo en el pueblo y a nivel del funcionamiento diario. Baste señalar la contradicción entre la práctica de la esclavitud entre los judíos de Babilonia y la prohibición expresa de la misma en Dt más allá de 7 años, momento en el que era obligatorio darles la libertad.

5.- El constante sinsentido de una ausencia de Dios que interroga la propia identidad. El nacimiento de una espiritualidad que apunta al Evangelio

Continuamos en el ámbito no oficial, en este caso, el ámbito reducido del grupo profético que plasmó lo que hoy conocemos como el Segundo Isaías o Deutero-Isaías (DtIs). Estamos ya en el tramo final del destierro en Babilonia, entre el 539 y el 520 a.C.

- Las esperanzas que Ciro traía consigo se habían frustrado. Ni rastro de la anunciada restauración. ¿Qué pasa con la vuelta a Palestina, o con la reconstrucción del templo?
- Pero para el grupo del DtIs la cuestión del templo pasó a ser secundaria. Apenas aparecerá en su espiritualidad, si acaso en Is 44,28 “Yo soy el que dice a Ciro [...] cuando digas de Jerusalén que sea reconstruida, y del santuario ¡echa los cimientos!”.
- Le interesa más la restauración de Jerusalén y de las ciudades de Judá, una espiritualidad muy práctica y muy humanitaria. Una espiritualidad que rescata la necesidad de sobrevivir, de crear estructuras que soporten la vida, luego... ya vendrá lo religioso.
- Una espiritualidad cuyo mensaje realizó un gran viaje desde Babilonia hasta Judá: Is 48,20-49,14: “Yo Yahvé tu Dios te instruyo en lo que es provechoso y te marco el camino por donde debes ir. Yo te formé y te he destinado a ser alianza del pueblo, para levantar la tierra, para repartir las heredades desoladas, para decir a los presos “salid” y a los que están en tinieblas “mostraos”. Yo no te olvido, míralo, en las palmas de mis manos te llevo tatuada”.
- En este ámbito, se redacta el Segundo canto del Siervo sufriente (Is 49,1-7): el Siervo, Israel, no ha podido llevar a cabo su misión de levantar a las tribus de Jacob y restaurar a los supervivientes de Israel (Is 49,6b). Y se ve que este Siervo no va a dictar la ley a las naciones (Is 42,1-4 primer canto). Por eso, tras Ciro, en el advenimiento de Darío, el grupo del DtIs lee que su destino es “levantar la tierra, repartir las heredades desoladas” dar ánimo por doquier para esta tarea (Is 49,8). Todo esto lo escriben en un estilo vivaz, ilusionado, rompedor.
- El grupo del DtIs se vio sometido a una dura prueba: de nuevo la ausencia de Dios en la Historia, nada de lo esperado y anunciado se ha cumplido, y todo es de nuevo un fracaso. Su espiritualidad fue objeto de dudas, de escarnio y de indiferencia. Por otro lado, la población de Judá no podía recibir esto sino con recelo y rechazo ¿iban a tener que aportarles recursos y tierras a los retornados? Eterno conflicto que por desgracia sigue vigente entre nosotros en el ámbito de los refugiados y nuestro rechazo a que compartan nuestros recursos.
- Pero fue una espiritualidad tenaz, desde la que siguieron escudriñando la historia en busca de brotes de esperanza. Y lo que leen es la invitación de Dios a consolar a su pueblo: “consolad, consolad a mi pueblo, hablad al corazón de Jerusalén con ternura. La servidumbre acabó, el pecado perdonado, el exilio ha acabado” (Is 42,1-4). Y la invitación a allanar los caminos para facilitar la vuelta de los retornados (Is 40,3-5) “ en el desierto, abrid camino a Yahvé,

trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios, que todo valle sea elevado, y todo monte abajado”.

- Esta espiritualidad tan vital, tan gozosa, tan gratuita y evangélica, se topó con grandes obstáculos y dudas:
 - o ¿Realmente es Yahvé tan poderoso para imponer su voluntad a naciones como Babilonia o Persia? “Las naciones son como gota de un cazo, como el polvillo de balanza. El Líbano no basta para leña” (Is 40,15-17).
 - o ¿No son sus dioses mucho más poderosos que Yahvé? “¿Con quién me asemejaréis y seré igualado? Dice el Santo” (Is 40,25).
 - o ¿De veras actúa Yahvé en la Hª? ¿De veras le interesa Israel? “¿Por qué dices Jacob y hablas Israel “oculto está mi camino para Yahvé y a Dios se le pasa mi derecho”?” (Is 40,27).

Y el grupo fue respondiendo una a una a todas estas dudas y reticencias. En realidad Is 40,12-31 es la respuesta a todo ello: un Dios omnipotente, que mueve los hilos de la historia y sus gobernantes, incomparable frente a los otros dioses que sólo son idolillos, un Dios que es salvador y redentor (Go’el) que convierte el desierto en paraíso.

- Nada de esto fue así: entonces... ¿qué responder? Algo impresionante. El Primer canto del Siervo: el sentido de Israel y su cometido en la Hª no es dirigirla, eso le corresponde a Ciro y Darío, su cometido es no quebrar cañas cascadas ni apagar pábilos vacilantes, sino traer la justicia a las naciones, fortalecer al débil, no por la fuerza y la brutalidad, sino por la práctica de la justicia y el derecho, rescatar a todo sufriente, levantar a los que están en las cunetas de la Hª... En última instancia, la espiritualidad de la ausencia de Dios en Babilonia, hizo comenzar a desplegarse los brotes del Evangelio de Jesús.